

## CAPITULO III

### *Gloriosa marcha del Ejército chileno por los desiertos de Tacna*

(Los Angeles: muerte de Sotomayor)

- I Los ejércitos.
- II Combate de los Angeles.
- III Sorpresa de Dublé en Locumba.
- IV Plan de la marcha de penetración.
- V Vergara y la caballería.
- VI ¡Gloriosa marcha por el desierto!
- VII "Política boliviana".
- VIII Muere repentinamente don Rafael Sotomayor.

#### I

*El Ejército aliado* Las fuerzas aliadas que defendían el departamento de Moquegua a principios de 1880 tenían un importante núcleo en Arica y Tacna; uno de 1.400 en el pueblo de Moquegua; y a su espalda un ejército en formación en Arequipa de 4 a 5.000 hombres.

El primero lo mandaba el contraalmirante don Lizardo Montero; el de Moquegua, el coronel don Andrés Gamarra, hijo del Presidente de este apellido que figuró en la campaña de 1838; el de Arequipa, el coronel don Segundo Leiva.

*Ejército peruano* No eran iguales esos ejércitos en cuanto a disciplina y organización. El mejor era el de Montero. Tenía las tropas más aguerridas y estaba más atendido en cuanto a vestuario y armamento. Reunía algunos cuerpos del ejército de línea del Perú, anterior a la guerra, aumentados con otros que se habían batido en la campaña de Tarapacá y retirándose con Buendía a Arica, con la división de Bolivia, y con algunos batallones levantados en los lugares que ocupaba.

Este ejército tenía los mejores oficiales, tal vez los únicos que quedaban en el Perú con alguna experiencia de la guerra.

El núcleo de Moquegua se componía de cuerpos regionales o formados en Arequipa, con escasa instrucción, y armamento más deficiente que el de Montero.

El de Arequipa era un problema por resolver a fines de 1879. Con los auxilios de jefes y de armas que le proporcionó Piérola, se formó en aquella ciudad una división no menor de cuatro o cinco mil hombres de mediana disciplina y con alguna instrucción.

El único, pues, que tenía la fisonomía de ejército era el de Montero, el que, según los mejores cálculos, ascendía a 13 ó 14.000 hombres, cuando Escala

desembarcó en Ilo; nueve a diez mil peruanos y cuatro mil bolivianos, número en que aproximativamente se mantuvo hasta el final de la campaña (1).

Hasta entonces las tropas del Perú habían habitado Arica y las bolivianas Tacna, pero Montero se retiró a esta última ciudad, y la tropa boliviana, si no toda ella, su gran mayoría, se diseminó en las poblaciones del cauce del Caplina, quedando así el ejército aliado distribuido entre el pueblo y el valle.

Una vanguardia de 2.000 hombres, compuesta de cuatro batallones mixtos de peruanos y bolivianos, mandada por el Coronel Cáceres, ocupaba a Ite.

Montero se consagró con elevación a suprimir las asperezas inevitables en ejércitos de distinto origen y consiguió mucho en este sentido, porque en cuanto puede observar un escritor chileno, ve unión entre los aliados, olvido de las disidencias de Dolores, armonía en el personal, la cual no se perturba sino en las esferas superiores por divergencias de apreciación sobre estrategia militar, o sea sobre un punto que no se relaciona con la nacionalidad.

Había alguna diferencia en la organización de cada ejército. El peruano se distribuyó en ocho divisiones de infantería con dos batallones de seiscientas plazas cada uno.

Los jefes divisionarios, todos coroneles, eran Dávila, Bolognesi, La Torre, Herrera, Canevaro, Inclán y Ugarte. La Artillería tenía una Comandancia General del Arma. La Caballería constaba de los escuadrones Húsares de Junín, Guías, Gendarmes y Flanqueadores de Tacna.

El ejército boliviano disponía de cinco batallones de infantería; cuatro cuerpos de caballería, el Murillo, los Libres del Sud, la Vanguardia de Cochabamba y los Coraceros, y un regimiento de artillería. Se calculaba el efectivo de ese ejército, según los datos más autorizados, en 4.000 hombres.

El núcleo relativamente poderoso de Tacna se proveía con los recursos del valle y con remesas de animales vacunos traídos de Bolivia y de la República Argentina. Sin tener opulencia no careció jamás de lo necesario, a pesar de que sus recursos financieros fueron escasos, lo que demuestra que el valle de Tacna tiene importancia como línea avanzada, y que puede mantener con desahogo una vanguardia respetable. Difícilmente se volverá a presentar una situación peor que la que soportó el ejército aliado en esa época. Estaba bloqueado por todas partes, excepto por el lado de Bolivia que no podía proporcionarle nada, pero con la cual se comunicaba con gran facilidad. Lo encerraban por el sur y norte las fuerzas de Chile; por el occidente la escuadra, y sin embargo, pudo mantener su efectivo, vestirse, alimentarse, reparar su armamento, conservar un buen estado sanitario, etc. Quedó demostrado además que Tacna es un gran punto de observación sobre Bolivia, la posición estratégica por excelencia tanto para ella como para sus vecinos.

(1) Vicuña Mackenna publica, en la nota de la pág. 661 del tomo 1º de la *Historia de la Campaña de Tacna y Arica*, un telegrama del Coronel Latorre, Jefe de Estado Mayor de Montero, quien dice que a fines de diciembre el ejército peruano tenía 9.246 plazas entre jefes, oficiales y soldados.

En las informaciones secretas suministradas a Sotomayor por los emisarios que mantenía en Tacna o Arica y que de ordinario le comunicaban noticias muy exactas, se encuentra un cuadro de la guarnición de ambas ciudades el 27 de diciembre, que arroja la cifra de 10.000 peruanos y 4.200 bolivianos, distribuidos en Arica y Tacna, número que se aproxima mucho al del Coronel Latorre citado por Vicuña Mackenna.

La distribución de las fuerzas de Montero se modificó con la invasión chilena. Hizo regresar de Ite la vanguardia de Cáceres, y él mismo se trasladó a Tacna con la guarnición de Arica, dejando aquí solamente las divisiones de Inclán y de Ugarte. El prefecto del departamento de Tacna, don Pedro del Solar, llamó a las armas a los artesanos y habitantes de su jurisdicción de 21 a 50 años y formó cuerpos movilizados. En abril llegó de Bolivia una nueva división de 1.500 hombres, según se verá en el curso de esta relación.

Los acontecimientos ocurridos en la campaña que recuerdo afectan a las fuerzas de Montero y a las de Moquegua, no así a las de Arequipa que intentaron reunirse con aquel y que no lo consiguieron. Pero como este ejército era un factor de la situación, no estará demás que el lector conozca, aunque sea someramente, lo que se relaciona con él.

Se componía de individuos de Arequipa, pueblo entonces el más levantisco del Perú, de gente reclutada en su verde y feraz campiña, o de indígenas enganchados a la fuerza en la sierra, principalmente en la región de Puno y Cuzco. Piérola le envió armas que hicieron un viaje lleno de contrariedades. Fueron bajadas en Pisco y de ahí enviadas a Arequipa en acémilas, tomadas por medio de requisiciones en los pueblos del tránsito, arrancadas por fuerza a los habitantes que, para defenderlas, las escondían en lugares apartados. El encargado de conducir las fué primero el General Beingolea, y después el Coronel Leiva quien consiguió llegar con ellas a su destino. Allí encontró al coronel don Isaac Recabarren, aquel valiente oficial que figura en la campaña de Tarapacá, favorito y ardiente partidario de Piérola, a quien éste había despachado por la vía del mar a Arequipa llevando otra remesa también de armas. Ambos se ocuparon de equipar los 4 ó 5.000 hombres reunidos, proporcionándoles zapatos, cartucheras, uniformes y por fin los armaron y medio disciplinaron.

*Divisiones* Sobre esa base organizaron tres divisiones. Una constaba de un batallón y dos columnas y la mandaba el coronel don Mariano Céspedes. Otra de dos batallones a cargo del coronel don Juan Francisco Goizueta. La 3ª de tres batallones, coronel don Marcelino Gutiérrez; además un regimiento de artillería volante y una brigada de la misma arma con cuatro piezas y dos ametralladoras. El Jefe del ejército de Arequipa recibió orden de dirigirse a Tacna por el camino de Ilabaya, para reunirse con Montero.

Dos divisiones, con un efectivo de 2.500 hombres, avanzaron en esa dirección en la primera quincena de mayo, y encontrábanse en Torata el 26 de ese mes, día de la batalla de Tacna. Aquí recibió Leiva una orden de Campero de amagar la retaguardia del ejército chileno en Sama, la cual había sido impartida antes que se librara el combate y alcanzó con su división a Moquegua de donde contramarchó al saber el desastre del ejército aliado, y regresó a Arequipa sin haber disparado un tiro, el 13 de junio (2).

Me parece innecesario insistir en la composición y organización del ejército chileno, tan conocido del lector. Su número ascendía de 14 a 15.000 hombres.

El problema militar para este ejército era muy sencillo.

Montero tenía agua y víveres donde estaba, y podía elegir posiciones

---

(2) Pueden verse muchos datos sobre el ejército de Arequipa en la *Colección de Ahumada Moreno*, tomo 8º, pág. 63 a 72.

fuertes para aguardarlo. No le convenía lanzarse al desierto, y aun conviniéndole no podía hacerlo. En Tacna esperaba descansadamente que llegara fatigado por las marchas y destrozado por las tercianas.

“No cometamos los mismos errores de Iquique”, decía Montero en un telegrama, y tenía razón.

*Estrategia de la  
campana*

Para el General chileno la estrategia de la campaña estaba pues indicada. Necesitaba dejar expedita su espalda para tener franca la comunicación con la costa, que era la base de su aprovisionamiento, para lo cual necesitaba destruir las fuerzas de Moquegua y en seguida lanzarse al desierto en busca de Montero. En previsión de que el ejército de Arequipa reemplazara al de Moquegua en sus tentativas de amago sobre su retaguardia, guarneció la línea del mar, o sea el ferrocarril de Ilo a Moquegua.

Estas sencillas ideas forman todo el plan militar de la gran operación que se inicia. Lo único que faltaba para que se desarrollase en esa forma era que Sotomayor se convenciera que el enemigo no saldría a su encuentro. Ya tenía ese convencimiento. La campaña de Moquegua tiene caracteres de audacia. Es uno de los actos más arrogantes de la historia americana, comparable con la expedición a las sierras de Yungay en 1838.

## II

Cuando la división del General Baquedano ocupó Moquegua, la guarnición de esta ciudad se replegó a la cuesta de los Angeles, posición inaccesible, situada en sus inmediaciones, célebre en la historia del Perú, desde los combates que libró el general español Valdés contra el ejército chileno, mandado por el general don Francisco Antonio Pinto en 1823. Desde entonces databa la reputación de esa gran posición militar y en efecto basta conocerla someramente para darse cuenta que sólo una audacia, casi temeraria, pudo apoderarse de ella por asalto.

Se conoce con ese nombre una cuchilla que se desprende de la gran masa granítica de la cordillera, en dirección de este a oeste, con bordes acantilados por tres de sus costados, que si no son perpendiculares son tan abruptos, que no se puede llegar a la cima sino por caminos de caracol, angostos, parados, donde apenas pasa un animal de carga, y todavía cuidadosamente. Si la cumbre de la cuchilla está defendida por tropa con armamento moderno, como fué el caso en la operación de guerra que voy a describir, no hay exageración en decir que la posición es inexpugnable, que un hombre puede rechazar a veinte, lo que se comprobó en el combate, pues bastaron dos compañías con un cañón para sujetar la marcha de una división de dos mil hombres, como la que conducía el Coronel Muñoz. Dos torrentes llamados Torata y Moquegua corren por sus costados laterales lamiendo los cimientos de piedra de la gran fortaleza, y se reúnen en su frente que mira al mar, formando el río de Ilo. Corren aquellos torrentes por quebradas cortadas a pico y el viajero que pretenda llegar por su álveo a la cima de la posición necesita penetrar bastante hasta acercarse paulatinamente al nivel de la altura almenada que mira al valle del Ilo. El cor-

*Quebrada del sur:  
Tumilaca. Del norte:  
Guaneros*

te lateral del sur se llama quebrada de Tumilaca; el del norte, paso de los Guaneros. En la cumbre de la posición hay una explanada extensa y pareja que ocupaba la guarnición peruana, la cual había construido pircas a manera de espaldones, desde donde disparaba de mampuesto sobre los diversos senderos de acceso. El fondo de la posición se conocía con el nombre de "pampa del Arrastrado", la cual conduce a la aldea de Torata, situada en el interior. En la cima de esta invencible atalaya estaba acampada la guarnición regida por Gamarra, compuesta de los batallones Grau, Granaderos, Canchis, Canas y de los Gendarmes de Moquegua, formando un total aproximado de 1.800 hombres a lo menos, probablemente de 1.500, cifra que no se puede saber con certeza, porque los jefes vencidos tuvieron interés en disminuirla como explicación de su derrota. Pero el número hace poco al caso dadas las ventajas de la formidable posición (3). De las quebradas laterales la más tendida era la de Tumilaca; la más inaccesible, la de Guaneros. Lo era tanto que el jefe peruano creyó imposible que el audaz enemigo pretendiera tomarla por asalto, pero no la descuidó tampoco y repartió su tropa sobre sus frentes colocando el Grau en observación de Guaneros, el Canchis dominando con la vista y con sus fuegos la quebrada de Tumilaca y el resto de la guarnición el costado saliente hacia el mar.

Un detalle muy importante para comprender el combate es que el Coronel Gamarra había colocado de avanzada una compañía del Canchis en una protuberancia del cerro que se avanza sobre la quebrada de Tumilaca, llamado el "Púlpito" por su forma característica.

*El plan de  
Baquedano*

Baquedano dispuso el ataque de la posición por sus tres costados. El que miraba a Moquegua sería amagado por él con una columna de infantería y la artillería de campaña; el de Guaneros, por el Atacama; el de Tumilaca, por Muñoz con 2.000 hombres con orden de subir la quebrada, y tomar la retaguardia del enemigo. El ataque del frente era para llamarle la atención por ese punto mientras las divisiones laterales escalaban la posición. El plan consistía en colocar las fuerzas del alto entre los fuegos del Atacama y los de Muñoz.

La parte más difícil de la operación correspondía al Atacama.

La división de Muñoz contaba con el Regimiento Nº 2 casi completo, con un batallón del Santiago, con 300 hombres de caballería mandados por el Jefe de los Cazadores y con una batería de artillería de montaña a cargo del Mayor Fuentes. Baquedano se reservó la artillería de campaña dirigida por el Comandante Novoa; tres compañías del Santiago y el batallón Bulnes.

El terreno y el plan hacen recordar el combate de Tarapacá. Aquí, como en los Angeles, la división se fraccionó en tres columnas para encerrar al enemigo e impedirle la fuga; Muñoz penetrará por la quebrada de Tumilaca, como Ramírez por el bajo, y será fusilado desde las alturas.

El terreno de la acción era tan desconocido para las fuerzas chilenas en

(3) El número de 1.800 es bajo, porque aceptando la exactitud de las cifras de los partes oficiales peruanos, el Canchis tenía en el momento del combate 360 hombres *disponibles*, lo que hace suponer que en realidad su efectivo fuera mayor; Granaderos y Canas 676, lo que daría un total de 1.036 sin contar los Gendarmes ni el batallón Grau que disponía de ocho compañías, según lo dice el parte del Coronel Chocano.

los Angeles como en Tarapacá. No se sabía más sino que el enemigo estaba encaramado allí, en esa cumbre inaccesible; que la posición tenía dos quebradas laterales y que por ellas bajaban los arrieros de Torata y los de la cordillera que iban a Moquegua. Sobre el enemigo, número, calidad y armamento no se tenían más datos que los muy sospechosos proporcionados por los comercian-

*Dudosa aseveración  
de Vicuña Mackenna*

tes de Moquegua. Dice Vicuña Mackenna que Baquedano le refirió que antes de resolver el ataque por Guaneros había hecho reconocer la cuesta ocultamente, y que en vista de las informaciones que le dieron dos mineros del Atacama, que envió con ese objeto, dispuso el ataque de este cuerpo por ese costado (4). Sin negar lo aseverado por el eminente escritor, debo dejar constancia que ese detalle tan importante fué ignorado de todos, antes y después de la acción, incluso del jefe del Atacama, y que no se hace mención ni referencia alguna a él en los partes ni en la correspondencia particular. Es muy dudoso que Baquedano confiase a dos soldados lo que pudo encargar a oficiales y además, como se verá, la división anduvo extraviada, lo que no habría ocurrido si se hubieran efectuado esos reconocimientos previamente.

Juzgando los hechos por sus consecuencias, fué mejor que se procediera como se hizo. Lo probable es que, conocida de antemano la cuesta de Guaneros, se hubiera considerado la operación irrealizable o demasiado peligrosa.

La forma del terreno y la distribución de las fuerzas permiten apreciar por separado la acción de cada columna.

1880. Marzo 21. *Marcha de la división de Muñoz*

La de Muñoz emprendió la marcha en la noche del 21 de marzo llevando de avanzada un batallón del Santiago y una compañía del N° 2. El grueso de este regimiento mandado por Canto, la artillería de Fuentes y la Caballería la seguían en hileras, única forma que permitía el terreno. La división se extravió por falta de guía. Le servía de tal un soldado chileno que decía haber vivido en esos lugares, pero que en realidad no conocía el camino. El valle que precedía a la quebrada estaba cruzado con tapiales que obstruían la marcha por todas partes. La división vagó sin rumbo fijo hasta que el Comandante Canto consiguió que un hombre de la localidad le sirviera de guía subiéndolo a su montura. El sendero permitía pasar a la infantería, no así las mulas cargadas que necesitaban ser ayudadas en cada mal paso por los sirvientes de las piezas.

1880. Marzo 22.

Había amanecido el 22 de marzo y el sol empezaba a iluminar la quebrada con sus rayos oblicuos cuando la avanzada del "Púlpito" divisó a los chilenos. Marchaban éstos así: Muñoz con la descubierta ya nombrada a vanguardia; Canto a continuación embarazado con la movilización de la artillería. La compañía peruana rompió sus fuegos contra Canto, y al oír los disparos el Coronel Gamarra colocó otra compañía del mismo cuerpo en situación estratégica para ayudar a la anterior. Desde ese momento la tendencia de los chilenos fué escalar la falda, salir del ataúd en que se encontraban, pero inútilmente, pues por más esfuerzos que hacían para conducir la artillería al alto, el peso de los arzones y de las piezas arrastraba las mulas,

(4) Vicuña Mackenna, *Campaña de Tacna y Arica*, tomo 1º, pág. 518—nota.

las que se resbalaban por la ladera o caían al torrente. Y entre tanto, el fuego enemigo los diezmaba y desorganizaba. Había que procurar a toda costa subir la cuesta, ubicar siquiera una pieza para contestar el bombardeo de los rifles de la muralla opuesta y batirse a igual nivel de tiro, no el uno disparando sobre el otro, de alto abajo, tal vez a cien metros de hondura o más. En esto consistió el mayor esfuerzo desplegado por la división chilena. En ese momento crítico se distinguió el teniente de artillería don Eduardo Sanfuentes, quien empujando una pieza en compañía de sus soldados, llegó a la altura el primero y la colocó en batería contra el enemigo que estaba al frente, quebrada de por medio, a 500 ó 600 metros. Lo mismo hizo el Coronel Muñoz con su tropa desplegada en la falda y luego después el Comandante Canto. Con los primeros disparos de la pieza de Sanfuentes la infantería peruana no pudo ya seguir fusilando en el bajo y a mansalva a los que luchaban por hacer avanzar la artillería, sino que tuvo que contestar la agresión y defenderse. Gamarra, que presenciaba el combate, corrió entonces en busca de los batallones Canas y Granaderos, que eran su reserva, pero a poco andar vió que aparecían en la cumbre soldados chilenos, que se desparramaban por ella como una avalancha.

¿Qué había sucedido?

*Amago de la columna de Baquedano*

Baquedano bombardeó el frente con artillería, mientras las compañías del Santiago y del Bulnes amagaban por el camino en caracol, que parte de la junción de los ríos, pero aunque los fuegos fueron bien dirigidos no produjeron otro efecto que desorganizar algo la línea peruana y causarle perjuicios en las pircas que la protegían

Asistimos ahora a la acción del Atacama.

El ataque decisivo fué el de Guaneros, por donde subieron los soldados que vió Gamarra en la árida y elevada pampa. Este es el episodio capital del combate, el eje a cuyo alrededor gira todo el drama de los Angeles.

El comandante don Juan Martínez salió con su cuerpo del pueblo de Moquegua el 21 de marzo a las 9 P. M., procurando marchar en silencio para no ser sentido por los guardianes de la cima.

Baquedano le había ordenado penetrar por el cajón del río de ese costado, escalar la senda y caer de sorpresa sobre el flanco derecho del enemigo, que a esas horas estaría agredido de frente por él y a su izquierda por Muñoz. La empresa era tan atrevida que el Coronel Chocano, jefe de uno de los cuerpos peruanos y sumamente conocedor de esos lugares, para explicarse el asalto del Atacama, después de ocurrido, tuvo que suponer que un batallón de zapadores hubiese labrado un camino durante la noche.

Mientras el valeroso Comandante Martínez caminaba, deslizándose por el pie del cerro para enfrentar el costado de Guaneros, ocurrió un incidente que lo alarmó.

Es un episodio muy curioso, que caracteriza al General Baquedano.

*Falsa sorpresa*

Chocano desde la atalaya de los Angeles, que domina el valle, pudo observar en el día que la caballada de los Cazadores pastaba en un potrero cerca de la cuesta, sin más resguardo que un piquete de soldados, y queriendo sorprenderla destacó en la noche una avanzada con orden de hacer fuego, reiteradamente, sin previa notificación, porque el objetivo no era tanto capturar los soldados como espantar los caballos. Ese piquete bajó la cuesta y deslizándose sin ser notado por las inflexiones del terre-

no, que le era muy conocido, llegó al punto que se le había indicado en los momentos en que el batallón Atacama pasaba también furtivamente por ahí, camino de Guaneros. El Atacama andaba extraviado. Sufrió el mismo inconveniente que había experimentado la división de Muñoz: no tenía guía. La noche estaba oscura, el batallón marchaba a tientas, estrellándose con pircas desconocidas, que saltaba en silencio para no hacer ruido y para no frustrar una operación que descansaba en la sorpresa, porque habría bastado que los defensores del alto hubiesen sabido que se les iba a atacar por Guaneros para que la combinación fallase o el triunfo fuera casi imposible. En ese momento especialísimo el batallón recibe una descarga cerrada y luego otra y otra, que no le hizo daño material, porque los disparos eran inciertos, pues, como ya se sabe, el objeto era más bien hacer ruido que agredir, pero como Martínez lo ignoraba, se creyó sorprendido y envió de carrera a su segundo a comunicar al General lo que le sucedía y a preguntarle lo que debía hacer.

Baquedano contestó al emisario en el lenguaje telegráfico que le era peculiar, y con marcada acentuación de mando: *¡Lo dispuesto! ¡lo dispuesto!* y el oficial volvió en busca de Martínez, clavando los ijares de su montura, para transmitirle la resolución del General en Jefe.

Esta falta de vacilación es la cualidad por excelencia de Baquedano. Puede ella ser un inconveniente en ciertos casos, pero la fijeza en el mando es condición esencial de un general. ¿Cuántos motivos se le presentan a cada momento de modificar una orden y cuántas veces en cien esos cambios son causa de perturbaciones peligrosas?

*Ignorancia recíproca* Pero lo curioso en este incidente es que de un lado ni de otro se supo quien era el enemigo que se tenía al frente. El Atacama creyó que los disparos provenían de la guarnición de la cuesta, y los peruanos se retiraron en la creencia de que habían hecho fuego contra los guardadores de los caballos, y el plan estratégico basado en la sorpresa del flanco derecho de la posición enemiga quedaba intacto.

Con la respuesta del General en Jefe, el batallón siguió avanzando, llevando en la descubierta al Comandante Martínez y al Capitán Torreblanca, el héroe de Pisagua. Parece ser un hecho que este brillantísimo oficial se había ocupado en el día, sin orden de nadie, de observar el cerro con su ojo penetrante de minero copiapino y las inflexiones de sus paredes de piedra habían quedado grabadas en su retina, y a esa hora era un guía para el escalamiento, y fué quien indicó el camino colocándose el primero en la línea para guiar a los demás. Penetró el heroico cuerpo en el tortuoso cauce del río de Torata, y antes de amanecer, empezó la ascensión de la cuesta. Los ágiles mineros rechazaban jadeantes el sendero de cabras, con tanta dificultad, que tenían que clavar la bayoneta en tierra para anovarse y seguir subiendo. A cada tranco que daban se detenían y buscaban el sitio donde poner el pie. En algunos casos el de más atrás sujetaba al de adelante. Martínez que fué siempre sobrio en sus partes oficiales dice a este respecto:

*Subida de la cuesta de Guaneros*

"Con felicidad... emprendimos el peligroso ascenso por aquellos, hasta entonces, inaccesibles desfiladeros, que sólo permitían a mis soldados subir en una fila, asegurándose con manos y pies, y usando de sus bayonetas para escalar las escabrosas pendientes que a cada paso amenazaban despeñarnos al abismo".

De ese modo dominaron la cumbre sin ser sentidos.

Merecen consignarse los nombres de los que llegaron primero. Fueron el jefe del cuerpo, Martínez; Torreblanca; el capitán don Gregorio Ramírez; el teniente don Antonio María López; los subtenientes don Abraham Becerra y don Walterio Martínez, y una heroica mujer, llamada Carmen Vilches, cantinera del cuerpo, que subió asistiendo con su caramañola con aguardiente a los más fatigados.

Llegado a la altura el batallón se detuvo un momento a descansar; y, luego después, dió un ¡*Viva!* a Chile y se lanzó al asalto de las pircas defendidas por la infantería peruana. Fué en ese momento cuando el Coronel Gamarra se separaba de la posición del "Púlpito" en busca del batallón Canchis y se encontró con los chilenos que cubrían la pampa. Ya nadie pensó sino en huir en la dirección del pueblo de Torata, situado al oriente. El Coronel Muñoz, no teniendo resistencia, subió la quebrada y la cuesta, y Baquedano hizo lo mismo, iniciándose así la persecución, que no dió resultado por el cansancio de los infantes y lo inadecuado del suelo para las caballerías.

*La victoria* Así cayeron en manos del ejército chileno las Termópilas peruanas. La operación fué muy audaz. Quizás se encuentre que se corrió demasiado riesgo, y que no es lícito fundar una operación de guerra en un accidente tan casual como era el escalar la senda de los Guaneros sin ser sentido. Si el Comandante Martínez no ejecuta en forma tan exacta la riesgósima operación que se le confió y Gamarra alcanza a llevar la reserva a Tumilaca, aquel día pudo ocurrir una hecatombe. Vicuña Mackenna dice:

"Ejecutada media hora más tarde esa ascensión, habría sido de eterno luto para Chile".

¡Baquedano fué un gran afortunado!

Este triunfo levantó el espíritu del ejército, y se miró como el augurio de la victoria definitiva. La hazaña del Atacama era la demostración de que no habría en el Perú nada capaz de sujetar la marcha de los chilenos. El Gobierno puso especial empeño en realzar la importancia del combate para prestigiar a Baquedano, que conquistó ese día definitivamente el mando en jefe, y así se lo significó el Presidente y el Gabinete al cumplimentarlo por la acción. Una felicitación especial se discernió al Atacama que es un lauro más en la gloriosa historia de este cuerpo (5).